

CICLO B
TIEMPO ORDINARIO
XIII DOMINGO

La fe, como confianza absoluta en Dios, era el mensaje que el domingo pasado proponía Jesús a sus discípulos, acobardados y llenos de miedo ante el fuerte huracán, que se levantó y que casi hundía la barca. "¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?" (Mt 8, 26). Jesús increpó al viento "y vino una gran calma". La situación y las palabras del Señor, que como hombre duerme y como Dios somete al mar, miraban realmente más allá de los 21 kilómetros norte-sur y los 12 este-oeste del Mar de Galilea con sus olas de agua dulce. Eran una parábola real ante las tempestades de la vida. Sobre todo, el abismo de la desesperación y de la muerte.

Tres mensajes de las lecturas de hoy nos ayudan a profundizar en el verdadero conocimiento de la acción de Dios ante el sufrimiento y la muerte del ser humano: "Dios no hizo la muerte" (primera lectura); "nuestro Señor Jesucristo siendo rico, por vosotros se hizo pobre, para que vosotros con su pobreza os hagáis ricos" (segunda lectura); "basta que tengas fe" (Evangelio).

Dios no hizo la muerte ni manda las desgracias. En caso contrario, no sería Dios, sino maldad infinita. No podríamos creer ni confiar en Él. Pero, a la vez, hemos de reconocer que el ser humano no es Dios. Hay un solo Dios inmortal e infinito. El hombre está hecho de barro y al polvo tiene que volver. Por su propia constitución nuestra morada terrenal se va deshaciendo (Prefacio I de Difuntos). El gran pecado del hombre fue y es querer ser como Dios.

En el Evangelio de hoy Jesús devuelve a la vida a una niña de doce años: "Talitha qumi". Y termina el relato con unas cariñosas palabras de Jesús: "y les dijo que dieran de comer a la niña". Antes había curado a una mujer: primero, en su cuerpo; después, también en su corazón por la fe.

Dios es "amigo de la vida" (Sb 11, 26). Él no hizo la muerte. Todo lo contrario. Dios hizo al hombre mortal pero llamado a la inmortalidad. La muerte es un paso de vida a vida: "La vida de los que en ti creemos no termina, se transforma" (Prefacio I de Difuntos). Cristo "quiso entregar su vida para que todos tuviéramos vida eterna" (Prefacio II de Difuntos). En Cristo nos ha hecho partícipes de su naturaleza divina: de su vida infinita, de su bondad infinita, de su gloria infinita. Cristo resucitado "ha vencido a la muerte y nos ha hecho partícipes de su vida inmortal" (Plegaria Eucarística II).

Para que el hombre venza al mal, al pecado y a la muerte, Dios, siendo rico, se hace pobre: Cristo es Dios verdadero y hombre verdadero. Como un hombre cualquiera. Como un pobre y débil ser humano. En Cristo Dios nos ama hasta la muerte y una muerte de cruz. Cristo es la personificación del amor infinito y misericordioso de Dios. Hemos de volver a las palabras de Santa Catalina de Siena: "Es necesario que veamos y conozcamos, en verdad, con la luz de la fe, que Dios es el Amor supremo y eterno, y no puede desear otra cosa que no sea nuestro bien".

Somos hijos de Dios en el Hijo eterno de Dios: "el hecho de estar injertados en Cristo como los sarmientos en la vid («Yo soy la vid, vosotros los sarmientos», Jn 15, 5)...nos permite participar de la vida divina de Aquél" (San Juan XXIII). Y no sólo en el otro mundo. También ya ahora mediante la gracia, que es la gloria en camino, siendo ésta es la gracia en su plenitud.

¿Cómo es posible esto? Mediante la fe y el bautismo. "Basta que tengas fe", dice el Señor al jefe de la sinagoga. La fe viva y verdadera, que obra por el amor. Una fe que nos lleva a reconocer que no somos dioses, que somos débiles, mortales. Pero también nos impulsa a poner toda nuestra confianza en el Señor. Seguros de que Él está siempre a nuestro lado y que unidos a Cristo nos dará la vida y la gloria. San Jerónimo, comentando la resurrección de la niña del jefe de la sinagoga, subraya el poder salvador de Jesús: "Niña, levántate por mí: no por mérito tuyo, sino por mi gracia. Por tanto, levántate por mí: el hecho de haber sido curada no depende de tus virtudes".

El Bautismo es de un modo particular "el sacramento de la fe" (Catecismo 1236). Es fundamento de toda la vida cristiana, nos regenera como verdaderos hijos de Dios. "El bautismo inserta en la comunión con Cristo y así da vida, la vida" (Benedicto XVI).

MARIANO ESTEBAN CARO